

CUATRO AÑOS EN EL PODER



TRISTE DESTINO DE
UN MARISCAL GLORIOSO

mm

CUATRO AÑOS EN EL PODER

PH. PÉTAİN

CUATRO AÑOS EN EL PODER

CON UNA INTRODUCCIÓN DE
D. JACINTO BENAVENTE

Y UN EPÍLOGO DE
D. JOSÉ MARÍA PEMÁN



MADRID

1 9 4 9



Don Jacinto Benavente, nuestro glorioso premio Nóbel, honra estas páginas con la reproducción de su artículo "Al dictado", dedicado al Mariscal Ph. Pétain. Este artículo obtuvo el premio Mariano de Cavia 1947.

Dibujo de Sols Avila

ADMIRABLE es siempre la compasión en cualquier sentido que se manifieste, y más cuando acude al reparo de enconadas persecuciones políticas, en donde la Justicia, perdida su serenidad, más puede parecer venganza. La más alta prerrogativa del Poder es la clemencia y nunca es agravio a la Justicia la petición de indultos o conmutación de penas. Pero bien estaría que estas peticiones fueran siempre respetuosas y desapasionadas, esto es, sin preferencias. Digo sin preferencias porque en estos tiempos hemos visto que la sensibilidad compasiva sólo se ha manifestado a favor de comunistas y anarquistas, culpables de atentados contra la propiedad o las personas, robos y asesinatos, que no dejan de

serlo por disfrazarse de delitos políticos. Cuestión de ideas, dirán algunos: razón para disculpar todos los crímenes. No hay criminal que no tenga su idea. Raskolnikov, el protagonista de "Crimen y castigo", también era hombre de ideas; por la idea de una mejor distribución de la riqueza asesina a la vieja usurera, a quien él considera un ser inútil y pernicioso. Los que asesinan a su mujer, a sus padres o a sus hijos, no hay duda de que también tienen sus ideas respecto a la institución familiar. Lo malo de esta preferente compasión por comunistas y anarquistas es manifestarse en las peticiones de indulto con alharacas amenazadoras de huelgas y de nuevos atentados. En España, siempre con trato de favor en estos casos, hemos tenido sobradas demostraciones de estos movimientos de opinión; desde el famoso asunto de Ferrer, a quien se llegó a levantar una estatua en Bruselas, hasta recientes intromisiones de la misma índole.

Me hallaba yo en París cuando una mañana al salir a la calle me sorprendió, sobre la desanimación del tránsito callejero, los escaparates de los comercios cerrados y sus puertas entornadas, ver retenes de soldados con ametralladoras apostados en todas las calles afluentes a los grandes bule-

vares. ¿Qué sucedía? Se trataba de la posible ejecución de los famosos anarquistas de Chicago; no recuerdo sus nombres ni hay para qué recordarlos. En el Consulado americano había estallado una bomba; un restaurante americano, situado frente al Consulado, había tenido que cerrar sus puertas y tuvo que cerrarlas definitivamente porque nadie se atrevía a pasar por donde hubiera algún establecimiento americano. Sería largo cuento el de manifestaciones parecidas, siempre a favor de comunistas o de anarquistas. Por supuesto, nunca faltaban en ellas los pliegos de firmas de los más descollados intelectuales del mundo, acompañamiento obligado de todo barullo revolucionario. Esta vehemencia compasiva a favor de cualquier delincuente que haya tenido la precaución de afiliarse antes a un partido político avanza contrasta con la insensibilidad, el silencio ante algún caso de flagrante apasionamiento, en la Justicia, en que estaría más justificada la petición de indulto. Sin la disculpable presión del momento, en este caso la más estricta Justicia hubiera pronunciado un fallo absolutorio.

Yo esperaba, no creo haber sido yo solo en esperarlo, un movimiento de opinión, un pliego




de firmas de intelectuales, una voz siquiera, algo, en fin, para implorar la clemencia a favor de quien por su limpia historia, por lo que ha sacrificado y padecido por servir a su patria, por su venerable ancianidad, cuando toda otra consideración se hubiera olvidado, bien merecía algún movimiento de opinión, de esos tan prodigados a favor de cualquier comunista o anarquista. Aceptar el Gobierno en el más doloroso trance de la historia de Francia, bien sabía el mariscal Pétain que era ofrecerse como víctima expiatoria de los errores cometidos por sus antecesores en el Gobierno de Francia. Sólo quien alejado por sus años de manejos políticos parecía limpio de toda culpa podía tener autoridad en aquellos difíciles momentos para encauzar en lo posible la existencia de Francia. ¿Colaboración con el vencedor? ¿Podía ser otra cosa? ¿Colaboracionismo! Lo preciso y nunca más de lo necesario. Muy endurecida, muy embotada tendrá su sensibilidad quien no comprenda la angustiosa situación del noble mariscal, defensor de Verdún en la guerra anterior, al verse obligado a pactar y transigir con el enemigo ahora vencedor. Y, sin duda, en la visión ideal de lo futuro, el mariscal Pétain vislumbraba que en la posible cooperación de

Francia con Alemania podía estar la salvación de una Europa en ruinas y con ella de un mundo desquiciado. Pero a esta visión ideal se superponía en lo humano el sentimiento patriótico, aguzado por la sangrante herida. Hitler deseaba, buscaba la cooperación con Francia; desde el principio de la guerra se advirtió este deseo; conseguido el armisticio, no quiso ensañarse con ella; pero también lo humano se superpuso. Era mucho pedir que un pueblo vencido abriera sus brazos al vencedor en plena humillación de su derrota. Para conseguirlo hubiera sido preciso que alguien se olvidara de lo humano por lo divino. A Hitler le faltó el aliento de la divinidad; pudo acercarse a Dios y se contentó con ser hombre. Si con magnanimidad sobrehumana hubiera sido generoso del todo, si sus Ejércitos hubieran salido de Francia dejándola libre de regir sus destinos, sin otra condición que la de no volver a combatir, si la guerra con Inglaterra y los Estados Unidos persistía, los franceses, por compromiso de honor, se hubieran visto obligados a cumplir lo pactado. Y, ¿quién sabe?, si en esa magnanimidad, aun sin proponérselo, no hubiera hallado el maquiavelismo la mayor satisfacción a sus propósitos. Abandonada Francia a su propio Gobierno, ella

CUATRO AÑOS
EN EL PODER

I

¿Por qué Francia llegó a la
guerra?



EN 1934 era yo ministro de la Guerra; lo fuí nueve meses tan solo. Esto es suficiente para que mis adversarios traten de hacerme responsable de la derrota de 1940.

Como vivo en prisión y estoy separado de mis colaboradores y desprovisto de toda clase de documentos, no puedo suministrar precisiones sobre el presupuesto de armamentos de 1933. Lo que sí puedo afirmar es que mi esfuerzo tendía esencialmente a la reorganización del Ejército, aun cuando la política de *casi* todos mis predecesores buscara, por el contrario, la aplicación de la fórmula: «Arbitraje, Seguridad y *Desarme*».

Una de las primeras consecuencias del

Jules Moch. Su preocupación es que se realice de manera económica la preparación de la guerra. Nosotros nos levantaremos en bloque contra esa preparación. *Y si la guerra estalla, nuestro fin será transformarla en guerra civil.*»



UNA HISTORICA FOTOGRAFIA

En el año 1926, S. M. el Rey don Alfonso XIII condecora al Mariscal Pétain, en el patio de la Academia de Infantería, de Toledo.